

# De la sociedad postindustrial a la sociedad red

José SÁNCHEZ JIMÉNEZ

Universidad Complutense de Madrid

## RESUMEN

La vieja lucha en torno a la producción y la distribución de los bienes se abre ahora a los nuevos terrenos de la vida social, precisamente porque la *información*, la *educación* y el *consumo* influyen mucho más en la producción que cualquier perspectiva de futuro. Las *nuevas luchas sociales* no pueden ya separarse del *poder económico* ni del *poder político*, precisamente porque en la *sociedad postindustrial*, los *tecnócratas*, al servicio de ambos poderes, «han programado», conforme a supuestos económicos y políticos, los modos de producción y de organización económica.

## ABSTRACT

The old fight around the production and the distribution of the goods is opened to new lands of the social life now, indeed because the information, the education and the consumption influence much more in the production than any perspective of future. The new social fights cannot already separate of the economic power nor of the political power, indeed because in the postindustrial society, the technocrats, to the service of both powers, «have programmed», according to economic and political assumptions, the ways of production and economic organization.

**SUMARIO** En vísperas del 2000. El final del siglo XX y el inicio del Tercer Milenio. Sociedad postindustrial, sociedad tecnocrática y sociedad programada.

## PALABRAS CLAVE

Sociedad postindustrial, sociedad-red, sociedad opulenta, sociedad programada, Estado de bienestar, poder económico, tecnocracia.

## KEY WORDS

Posindustrial society, society-network, opulent society, programmed society, Welfare State, economic power, technocracy.

*Todos vivimos ahora en un mismo mundo* (A. Giddens).

«Una amiga mía —comenta Anthony Giddens en su sugerente obra, *Runaway World* (Un mundo desbocado)— estudia la vida rural de África central. Hace unos años hizo su primera visita a una zona remota donde iba a efectuar su trabajo de campo. El día que llegó la invitaron a una casa local para pasar la velada. Esperaba averiguar algo sobre los entretenimientos tradicionales de esta comunidad aislada. En vez de ello, se encontró con un pase de *Instinto básico* en vídeo. La película, en aquel momento, no había ni llegado a los cines de Londres»<sup>1</sup>.

La anécdota recogida por Giddens no tendría mayor importancia si no se llegara a valorar, como se merece, la constancia y la eficacia, así como la dedicación plena y por-menorizada, a lo largo de los últimos treinta años, con que José Urbano Martínez Carreras ha sabido y enseñado a acceder —con enormes dificultades al principio, y a través de la investigación y la explicación del proceso descolonizador de los países y pueblos del Tercer Mundo— a estos desconocidos Continentes, países y pueblos, a los que hoy las *nuevas tecnologías de la información y de las comunicaciones* han logrado y sabido acceder, imponiendo técnicas, estructuras y formas de vida, reduciendo los inconvenientes de la distancias, y aligerando viejas diacronías, que con tanta eficacia aseguraban o amparaban las permanencias a que aluden sociólogos y antropólogos culturales, interesados en buscar explicaciones a lo que por desconocido nos sigue a veces resultando ajeno.

Esta aproximación a los pueblos afroasiáticos ha sido uno de los mejores servicios prestados por Martínez Carreras en este acotado mundo universitario, donde ha volcado su vocación y ejercitado su profesión; y esto me ha llevado a recordar, tras la anécdota aludida en el todavía cercano y útil libro de Giddens, director de la *London School of Economics and Political Science*, más conocido en los medios de comunicación británicos como el «gurú de Tony Blair» por su peculiar influencia en la evolución del Nuevo Laborismo, que la labor de Martínez Carreras sigue más necesaria que en cualquier otra ocasión, dada la facilidad y prisa con que se continúan confundiendo el fenómeno globalizador con la occidentalización del mundo, mediante el recurso, como señalara en Davos el expresidente Clinton, a Internet y a los teléfonos móviles<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> GIDDENS, A.: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus, 2000, p. 20. La edición original, de 1999.

<sup>2</sup> GIDDENS, A.: *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus, 1999. Este libro, publicado por vez primera en el otoño de 1998, trajo tanto el interés por su hábil juego a la hora de aventurar el futuro de la política socialdemócrata, como las numerosas críticas con las que casi todos, pero sobre todo los de «la izquierda más tradicional» acabaron acusándolo unas veces de vacío o falto de contenidos y otras, las más, de traidor a los ideales izquierdistas. A ello trató de responder, al año siguiente, con un nuevo título, *La tercera vía y sus críticas*, publicado en castellano en el 2001 (Madrid, Taurus).

Ese mundo, esos pueblos afroasiáticos, diferentes, lejanos y desconocidos pese a su ya larga trayectoria en pos de una compleja lucha por su independencia plena a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, resulta cada vez más igual, más cercano, y más preocupante en estos precisos momentos, conforme se precipita la aventura trágica de una guerra contra Irak, en avanzada gestación y casi en los umbrales cuando esto se escribe, y que ya parece por desgracia prácticamente imparable.

A. Giddens refiere en esta misma obra, *Un mundo desbocado*, la trascendencia y la difusión prácticamente mundial del concepto de *globalización*, generalizado a lo largo los noventa, hasta llegar en los últimos años a tomar parte del lenguaje cotidiano. «La globalización —afirma de entrada— tiene algo que ver con la tesis de que *todos vivimos ahora en un mismo mundo*»<sup>3</sup>.

### En vísperas del 2000

Una de las constataciones más inmediatas de estos supuestos tuvo lugar, y hasta acabó abrumando, con la llegada del día uno de enero del 2000. Sólo en los Estados Unidos de América, cuando faltaban seis semanas para el evento, el 10 por ciento de los ciudadanos creía que podía pasar algo terrible, un 39 por ciento proyectaba sacar más dinero que de costumbre de los bancos, y un 17 por ciento se hallaba ya almacenando comida, agua y otros productos de primera necesidad en previsión de que la «hecatombe» que algunos profetizaban no les dejara al descubierto.

Se precipitaron así, de forma cada vez más generalizada e inmediata, las inseguridades e inquietudes, y se generaron e impulsaron renovados deseos y expectativas. Surgieron dudas y se ofertaron a la vez, desde los medios de comunicación, formas variadas de tranquilidad y de sosiego, no exentas de duda y de miedo y huida frente a la inseguridad. Se recurrió y se experimentó con avances y ensayos virtuales; y se trató de afinar incluso en el más mínimo detalle, de modo que quedara perfectamente constatado que el sistema informático, los computadores de que depende nuestra vida en sociedad, desde la ordenación del tráfico a la conducción de aguas y programación de vuelos, no confundieran fechas y no acabaran provocando «cataclismos» que, cuando se aventuran, parecen todavía sonar a desastres escatológicos impensables<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> El subrayado es nuestro. GIDDENS, A.: *La tercera vía... op. cit.*, p. 19.

<sup>4</sup> Se nos indicaba, no obstante, que debía tenerse cuidado con ascensores, con cajeros automáticos, con la ordenación hospitalaria, con sistemas de seguridad o con complicadísimas operaciones científicas, estratégicas, sanitarias, económicas, bancarias; con cuanto dependiera de unas máquinas maravillosas, para la mayoría desconocidas, aunque para todos dignas de respeto y, al final —para el profano, como es lógico—, cargadas de «fe», de «creencia», de sentimiento y convicción de «seguridad» frente a todo tipo de riesgo. ¿Hasta qué punto este clima, esta obsesión generada desde los *media*, esta preocupación aneja a las inseguridades que tanto aúnan en

En vísperas del 2000, y mucho antes de este inmediato precedente, todos se referían, casi todos opinaban sobre un fin de siglo que no era igual a los anteriores. Porque el siglo XX, aparte de señalar en su final el inicio de milenio, ha sido, y continúa siendo, significativamente distinto de todos los anteriores. Hace más años —desde los mediados sesenta— salieron a la luz cargados de curiosidad algunos relatos en torno al 2000. Comenzaban recordando o refiriéndose a las vivencias, representadas o escritas, de diez siglos atrás, del año mil; trataban de orientarse desde prospectivas y deseos apenas diferenciados; se cargaban, cuando menos, de duda y vacilación, y hasta se hablaba y escribía de la llegada de una nueva Edad Media: una Edad oscura, imprecisa y llena de interrogantes y de sospechas.

Poco más tarde, sin embargo, ya en los ochenta, el optimismo parecía cundir de nuevo; pero al final de la década, cuando cae el muro de Berlín y sucede el fracaso catastrófico del socialismo real, de nuevo los interrogantes, las inseguridades, acabaron dominando e imponiéndose frente a las excelencias de la «globalización», del «pensamiento único», del «fin de la historia» a que supo entonces referirse y proclamar con acierto propagandístico el historiador Francis Fukuyama.

Hace diez siglos, al acercarse el año 1000, se aventuró y creyó que llegaba el Juicio Final, precisamente porque los pueblos europeos más avanzados, a pesar de no contar con una hipótesis fundada, estaban viviendo y soportando violencias a raudal, una época cruel, pendientes de una naturaleza caprichosa y absurda que los apremiaba con insospechadas inclemencias del tiempo, con fríos y sequías que los condenaban a grandes hambrunas, y con desgarradores, por lo violentos, temblores de tierra que concluyeron asolando gran parte del viejo Continente. Tormentas, eclipses más frecuentes y visibles, y un «temible cometa» aparecido en el cielo fueron interpretados como signos del fin del mundo, se unieron a conflictos armados casi perennes, y precipitaron con más fuerza y eficacia que nunca ideas, pronósticos y movimientos «milenaristas» que más tarde fueron sucumbiendo conforme la humanidad, desde supuestos renovados, avanzó y prosperó hacia fases nuevas.

Razones para la preocupación y la inquietud no faltan. Todavía en los inicios del 2000, con más medios, mejor técnica, más riqueza y mejores formas y vías para acabar con injusticias, guerras, sufrimientos, marginaciones y exclusiones sociales —todas, en definitiva, situaciones de violencia—, continúan padeciendo hambre y necesidad más de 800 millones de personas; y son, en total, unos 1200 millones los que sobreviven por debajo de los niveles básicos de pobreza. Aunque el salto técnico, el desarrollo

---

la llamada por J. K. Galbraith *sociedad opulenta*, no es manifestación de una «peculiar violencia» que ayuda al mantenimiento y a la permanencia de unas sociedades occidentales que acaban valorando la *seguridad* por encima de las libertades?

humano y las expectativas globales han crecido, la vida sigue sin generar esperanza en amplios sectores del Tercer Mundo y en los que progresivamente han ido conformando, también dentro de regiones y países del Primero, ese Cuarto Mundo que nos atena-za, aunque no acaba de inquietar, por lo visto y oído, suficientemente.

## El final del siglo XX y el inicio del Tercer Milenio

Ha sido el siglo XX un siglo de «extremos» y de contrastes; y a lo largo del mismo se han sucedido y se han entrecruzado superávits y déficits, luces y sombras; episodios catastróficos de gran calibre, como dos guerras mundiales y dos no menos grandes y cruciales totalitarismos —el nazi y el soviético—, guerras civiles siempre sangrientas, y de una casi imposible, por mucho empeño que se ponga, comprensión y explicación, el complejo clima de «Guerra Fría» que ha dominado a las sociedades al menos hasta la crisis de los años setenta, más las ingentes catástrofes naturales y otros muchos conflictos, armados o no, multifocales, con que se despidió un milenio durante el cual hasta las democracias liberales más desarrolladas hicieron uso habitual de la «fuerza» y la violencia sin otra justificación que la «razón de Estado».

Pero no conveniente olvidar, porque no sería objetivo, ni justo, ni verdad, que ha sido igualmente, y no con menos fuerza y eficacia, el siglo de importantes avances, de progresos tecnológicos y científicos cruciales, de cambios sociales nunca antes imaginables, de la independencia de la mayoría de los países y del inicio de una lucha nueva en el llamado primer mundo: la del logro de un Estado de Bienestar que, liderado y conformado por los Estados Unidos, ha convencido y conseguido hacer del mismo, en buena medida, un «siglo americano»<sup>5</sup>.

Se han desarrollado los poderíos económico y militar, ha crecido y se sigue fomentando la creatividad —la tecnológica en primera instancia—, se han combinado como nunca las responsabilidades, las relaciones y los poderes económicos y políticos que han hecho grandes y fuertes a los países desarrollados, se han modelado valores nuevos que responden con su impronta y su atracción a la patente y al logotipo americanos (individualismo, libertad, economía de mercado, fuerte y acelerada movilidad social); y se acepta y proclama como logro, en expresión del sociólogo Baudrillard, la «utopía realizada».

A lo largo de este siglo XX se ha triplicado la población del orbe; se ha multiplicado casi por cuatro la renta per cápita mundial, aun cuando su distribución y reparto dejen mucho que desear, dada la enorme disgregación espacial que acabó haciendo no sólo

<sup>5</sup> TORTELLA, G.: *La revolución del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, 429 pp.

viables sino vitalmente potenciadas las diferencias, y hasta los enfrentamientos, más escandalosos que eficaces, entre como Norte y como Sur; se han potenciado, gracias a los avances de la medicina, de las vacunas y de los antibióticos, la vida, la salud y el triunfo sobre muertes que durante largos siglos fueron inevitables. La lucha contra el analfabetismo, el desarrollo de los transportes, los avances y aplicaciones de la ciencia, de la técnica y del derecho a la humanización del trabajo, están en muchos casos alcanzados, se están consiguiendo en otros, se sigue luchando por hacerlos realidad en los lugares más atrasados, y se sabe, y espera, que merece la pena comprometerse en acceder a los mismos<sup>6</sup>.

Hoy día, gracias a la revolución y desarrollo de la electrónica, y a la perfección y ampliación de los «media» que tanto se sirven de ella, ha sido posible y, al final, obligado llevar las ideas, las noticias y los conocimientos y expectativas al más lejano rincón del mundo. Han aumentado y se han perfeccionado los países democráticos; se ha impuesto el sufragio femenino y se han abierto para la mujer casi todos los rincones de la política, de la educación, de la economía y demás actividades humanas; ha crecido y se ha desarrollado la aplicación de una legislación social que a principios de siglo apenas se hallaba en mantillas; y se ha hecho realidad, completa, en ejecución o en espera y perfeccionamiento, como se ha indicado antes, no ya sólo el Estado del Bienestar como dato y como clima, sino incluso su influencia —que trasciende lo estrictamente económico y político para ser vivido y exigido, pese a su repliegue actual—, como un derecho y como una obligación por parte de los poderes públicos de asegurarlo, ampliarlo y reproducirlo.

Los efectos de este proceso han traído bienestar y calma, sobre todo en el plano individual; aun cuando sean muchos los sectores sociales, y todavía más los países que no han accedido a sus primeras mieles. El antropólogo Julio Caro Baroja lo matizaba con nitidez y acierto cuando indicaba y refería la «marcada contradicción entre la trayectoria vital individual —la niñez, la juventud, la vejez han pasado serenamente y sin grandes sobresaltos— y los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad»<sup>7</sup>.

El día 12 de octubre de 1999, según la Organización de Naciones Unidas, nacía en Sarajevo el ser humano 6000 millones, precisamente en uno de los entornos en que los derechos son más drásticamente pisoteados y negados, al igual que en otros muchos

---

<sup>6</sup> HOWARD, M. y LOUIS, W. R. (eds.): *Historia Oxford del siglo XX*, Barcelona, Planeta, 1999. Toda la primera parte, titulada, «la estructura del siglo», en la que se da cuenta del crecimiento de la economía mundial a lo largo del siglo, la extensión de conocimientos, el desarrollo de la cultura global, etc.; y, sobre todo, las logradas síntesis, bajo el título de «el ancho mundo», referidas a Asia oriental, China, Sureste asiático, Asia meridional, África del Norte y el Próximo Oriente, África negra, América latina y la vieja Commonwealth. Para W. Roger Louis, que escribe el capítulo 26, «Cómo acaba el siglo XX», el resultado es predominantemente positivo: «acaso un veinte por ciento de la población esté en peores condiciones que antes, pero un ochenta por ciento está mejor» (p. 516).

<sup>7</sup> HOBBSBAWM, E.: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 11.

países incapaces hoy por hoy de asegurar la vida, vivienda y salud de sus gentes, de curar sus heridas, de alimentar a su población, o de lograr un equilibrio y una esperanza en el destino para los casi mil millones de jóvenes a los que se niega un futuro que debería ser ya presente digno, progresivo, humano.

La esperanza de muchos de estos niños y jóvenes, que no pueden ver ni esperar que su país o su más inmediato entorno los cobije, impone, hoy por hoy, unas obligadas y sangrantes migraciones que no satisfacen ni a los que los ven llegar, y mucho menos a los que acaban prefiriendo los peligros e incluso la muerte en la salida sobre el sufrimiento inhumano, y al final también la muerte, si se quedan<sup>8</sup>.

¿Dónde queda, para estos países de población ingente—los niños y los jóvenes sobre todo, y los inmigrantes que los recuerdan—, esa fecunda explicitación de vida, de bienestar, de libertades, de progreso, de relación humana e incluso de conexión y promoción religiosas que la Declaración Universal de los Derechos Humanos plantea, aclara, concreta y exige? ¿Acaso no se están viviendo hoy situaciones de violencia que, a fuerza de permanentes y repetidas, ha acabado adquiriendo carta de naturaleza?

La revolución tecnológica, sin embargo, ha modificado de manera y con una rapidez nunca hasta ahora previstas las bases de la sociedad; y el proceso de globalización continúa amenazando con nuevas formas de estratificación a pueblos y a hombres, sometidos a un mercado que racionaliza la libertad, reduce las expresiones de solidaridad y genera situaciones inhumanas de difícil remedio<sup>9</sup>. La pobreza y la exclusión social se ceban, también globalizadamente, en los más desabastecidos; y los pueblos del mundo subdesarrollado, aun cuando no siempre tuvieron eco en Occidente, se han venido alzando, y siguen rebelándose, cuando los programas de austeridad impuestos a sus países resultaron demasiado severos para su aceptación y puesta en práctica. «Los críticos de la globalización —concluye J. Stiglitz— acusan a los países occidentales de hipócritas, con razón: forzaron a los pobres a eliminar las barreras comerciales, pero ellos mantuvieron las suyas e impidieron a los países subdesarrollados exportar productos agrícolas, privándolos de una angustiosamente necesaria renta vía exportaciones»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> A fines de 1999, y exceptuando las ingentes masas humanas forzadas militarmente a dejar sus casas, sus ciudades y su país, sobrepasan los 125 millones las personas que viven fuera de sus naciones, en busca de trabajo o—y es lo más normal y grave— de algunas formas de sobrevivir a la pobreza y a la guerra. Véase, en SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J.: «Movimientos migratorios contemporáneos», en RAMOS DOMINGO, J. (coord.): *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Salamanca, Publ. de la Universidad Pontificia, 2002, pp. 47-87, esp. 47-50 y 62-87.

<sup>9</sup> SAMPEDRO, J. L.: *El mercado y la globalización*, Barcelona, Destino, 2002. «En nuestros días —comenta Sanpedro—, el sistema económico mundial, resultado, por supuesto, del pasado inmediato, aparece condicionado fuertemente por dos grandes factores recientes: el **tecnológico** y el **institucional**. El primero es consecuencia del progreso de la informática, especialmente de la innovación representada por Internet, cuyos efectos no se han desplegado aún por completo a los ojos del gran público, pero cuyo vasto alcance ha convertido ya ese instrumento en característica fundamental de nuestro tiempo y hasta en pieza clave de la denominada **Nueva Economía**» (pág. 52)

<sup>10</sup> STIGLITZ, J.: *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 31 y ss.

## Sociedad postindustrial, sociedad tecnocrática y sociedad programada

«La historia de los veinte años que siguieron a 1973 —comenta E. Hobsbawm— es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la “crisis” ... nadie sabía cómo enfrentarse a las fluctuaciones caprichosas de la economía mundial ni tenía instrumentos para actuar sobre ellas»<sup>11</sup>.

La transformación de las sociedades, la instalación de jerarquías nuevas, y la difícil cooperación en situaciones de «crisis» (petrolífera, económica, financiera, la suspensión de la convertibilidad del dólar en oro, una inflación descontrolada junto a una contracción igualmente catastrófica), provocan y hasta justifican de hecho el aumento de las relaciones de poder sobre la defensa del derecho. La sustitución de los «viejos capitalistas» por «nuevos dirigentes» en puestos de dirección y al servicio y lucha por la supremacía y preponderancia económica, social o política, significa y constata el peso de los «intereses de grupos» sobre los viejos conflictos laborales. Y, aunque persistan en muchos lugares restos de los viejos enfrentamientos a consecuencia de la lucha por la redistribución que la llamada «clase mayoritaria» continúa planteando, en las modernas sociedades abiertas la movilidad individual ha sustituido a la «lucha de clases»; de la misma forma que los movimientos sociales acabaron dejando reducidos, si no obsoletos, los partidos de clases.

En los primeros setenta, a partir del ya señalado derrumbamiento del orden mundial, el Club de Roma lanzaba el primer S.O.S., al observar con una preocupación y gravedad crecientes el incremento de la población y el auge de la injusticia, la crisis energética y el desempleo, la ruptura monetaria, el proteccionismo incontrolado, y el analfabetismo, corrupción y terrorismo mundiales, en un prediagnóstico que venía a resumir la sorpresa por un crecimiento negativo en los países más ricos y habituados a índices permanentemente en alza: de seguir como hasta ahora el aumento de la población, la industrialización y la contaminación ambiental, la producción de bienes y la disminución de los recursos, en los próximos siglos habremos alcanzado los límites al crecimiento de este planeta<sup>12</sup>.

Tras la Segunda Guerra Mundial, y más aún desde los últimos sesenta, y en medio de un dilatado proceso de crecimiento continuado, que llegó a creerse indefinido en las sociedades occidentales, aumentaron de forma increíble las demandas de bienes y, como réplica, la oferta de servicios, que impulsaron dinámicas de «movilidad social» y «meritocracia». La economía se «terciariza», y la sociedad erige a la educación y a la información como las fuentes primordiales de capital.

<sup>11</sup> HOBBSAWM, E. *op. cit.*, pág 403.

<sup>12</sup> DAHRENDORF, R.: «Hacia el siglo XXI», en HOWARD, M. y LOUIS, W. R.: *op. cit.*, pp. 518 y ss.



R. Aron adelanta, en sus *Dieciocho lecciones...*, el enfoque teórico que explica estas transformaciones; y D. Bell, tras la publicación en 1973 de *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, se convierte en el más sistemático definidor de la misma; aun cuando le precediera A. Touraine, que en 1969, y en una obra de similar título, *La sociedad postindustrial*, reflexionara ya, casi adelantándose a sus consecuencias, sobre las líneas estructurales de la desigualdad social<sup>13</sup>.

Para D. Bell, se trataba de un nuevo estadio de la sociedad occidental, que se distinga de la sociedad industrial clásica porque la sociedad postindustrial pasa de la manufactura como actividad primordial a los procesos de distribución, organización y ensamblado (tanto económicos como sociales: prestigio, status o poder); descansa en los sectores terciario (servicios) y cuaternario (comercio, finanzas, seguros, propiedad inmobiliaria) y quinario (salud, investigación, educación, industria del ocio, políticas públicas); incorpora la información como energía primaria, invirtiendo el conocimiento organizado y utilizando una tecnología asociada al factor intelectual; designa como ocupaciones centrales, no ya las de los ingenieros y trabajadores especializados, sino las de los científicos, técnicos y profesionales cuyos métodos de trabajo y gestión pasan de ser experimentales y empíricos para basarse en conocimientos y modelos abstractos, la simulación y el análisis de sistemas. La sociedad posindustrial, en fin, abandona la perspectiva del presente y el corto plazo, para orientarse mayoritariamente hacia un futuro que le preocupa anticipar y fabricar<sup>14</sup>.

En la actualidad, comentaba D. Bell en 1976 en otro de sus sugerentes libros, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, se experimenta un contraste entre una estructura social caracterizada por el orden tecno-económico, y la cultura occidental que parece marchar por un camino bien distinto, una vez sustituida la ética del sacrificio y el ahorro por otra nueva, más ligada a la distribución, a la prodigalidad y la disfrute. Las sociedades comienzan a experimentar, en los años setenta, una preocupación mayor y más profunda por el futuro; y están básicamente interesadas en lograr armonía entre las diversas áreas que deben hacer posible, como P. Berger señala, las grandes exigencias del capitalismo de cara al futuro: prosperidad, igualdad y libertad. Porque en este nuevo lema, que trae los recuerdos del planteado por la Revolución Francesa, se tratan de concatenar el «mito del crecimiento, la convergencia de bienestar y nivelación

<sup>13</sup> ARON, R.: *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Barcelona, Seix-Barral, 1972. BELL, D.: *El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza, 1976. TOURAINE, A.: *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel, 1979. Del mismo, *El postmodernismo*, Barcelona, Planeta, 1982.

<sup>14</sup> GATES, W.: *Camino al futuro*, Madrid, McGraw Hill, 1995. TB. CABRERIZO, P.: *El futuro anticipado. Sociedad, tecnología y medios de comunicación*, Madrid, Fundesco, 1996; y CARRASCOSA, J. L.: *Información. De la era industrial a la sociedad de la información*, Madrid, Espasa, 1991; DIEZ NICOLAS, J. e INGLEHART, J. (ed.): *Tendencias mundiales de cambio de los valores sociales y políticos*, Madrid, Fundesco, 1994; y DRUKER, P.: *La sociedad postcapitalista*, Barcelona, Apóstrofe, 1993.

materiales y el logro de una libertad política democrática en la que se superen los inconvenientes de una alienación a través de la liberación al mismo tiempo individual y comunitaria»<sup>15</sup>.

Junto a este cambio en las áreas de ocupación dominantes y estas variaciones en los empleos se ha producido además un «cambio de valores», en respuesta naturalmente a los recientes incentivos, a los modernos interrogantes y los nuevos fines, todos ellos ligados a las actuales fuerzas conductoras del progreso<sup>16</sup>.

*Progreso* viene a ser sinónimo de conocimiento y de información. Científicos, técnicos y, más recientemente, informáticos se ha convertido en grupo social constituido, dirigente e indispensable, que marca, según Bell, el advenimiento de un nuevo principio de estratificación y de renovadas pautas de acción. Porque estas sociedades cambiantes o emergentes se definen y constituyen como sociedades de servicios, de la abundancia y de la información; optan por la expansión urbana, por la mayor dotación y urbanización de las áreas rurales que evite una emigración poco rentable, y por el aumento de una prosperidad material; reducen aún más —como se indicó antes— su población activa en sectores primario, secundario y terciario, y apuestan por ocupaciones cuaternarias y quiniarias, igualmente indicadas. Condicionadas por el fuerte aumento de provisiones y de «oportunidades vitales», atienden a unos modos de vida sensorial, hedonista, pragmática; con fuerte énfasis en la educación general y profesional, y con decisivo vuelco en la planificación y programación de opciones alternativas para el futuro<sup>17</sup>.

Como consecuencia, y según señalara P. Berger, «cuando la modernización tecnológica y el crecimiento económico perduran en el tiempo, las desigualdades de ingresos y de riqueza se incrementan de forma aguda, pero luego disminuyen también de forma aguda, para permanecer en una meseta relativamente estable» [...] El trabajo se hace más especializado y más escaso en la medida en que avanzan las sociedades»<sup>18</sup>.

Su pretensión de apoliticismo o de neutralidad ideológica encubre, con frecuencia, una «ideología tecnocrática» que alumbra una especie de «determinismo tecnológico», puesto que, si el progreso técnico sigue una trayectoria lineal desde las soluciones o configuraciones menos avanzadas hasta las más sofisticadas, las instituciones sociales deberán adaptarse a los imperativos de la base tecnológica. Alumbra, de esta mane-

<sup>15</sup> BELL, D.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1977; y BERGER, P.: *La revolución capitalista*, Barcelona, Península, 1989.

<sup>16</sup> Díez NICOLAS, J. e INGLEHART, J. (ed.): *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, Madrid, Fundesco, 1994.

<sup>17</sup> DAHRENDORF, R.: *Oportunidades vitales. Notas para una teoría social y política*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983. DAHRENDORF, R.: *Hacia el siglo XXI*, p.259. GIDDENS, A.: *La tercera vía y sus críticos*, Madrid, Taurus, 2000, cap. 4. TB. SEN, A.: *Nuevo examen de la desigualdad*, Alianza, Madrid, 1995.

<sup>18</sup> BERGER, P.: *La revolución capitalista*, Barcelona, Península, 1989.

ra, lo que Galbraith en 1967, en *El nuevo Estado Industrial*, llamó la «tecnoestructura»: esa red de grandes corporaciones modernas basadas en la innovación, el control de conocimientos y la gerencia técnica de los asuntos<sup>19</sup>.

La expresión preferida de A. Touraine para referirse a esta sociedad postindustrial y tecnocrática es la de «sociedad programada», en la que se conjugan como en ninguna otra ocasión el avance la investigación científica en todos sus frentes, particularmente en los campos de la biotecnología, las fuentes energéticas y las telecomunicaciones. Esto supone y significa la consolidación de la ciencia como actividad productiva en sí misma, que conduce al desarrollo exponencial de los conocimientos disponibles y a la reducción del tiempo necesario para transformar el conocimiento básico en aplicación tecnológica.

Las diversas áreas de la vida deben armonizarse, con vistas al logro de unas comportamientos sociales seguros en el presente y abiertos al futuro. Es, por lo tanto, inexcusable la afirmación de un orden económico dominado por la búsqueda y conquista de la prosperidad y la eficacia, un sistema de relaciones sociales dirigido por el principio de autorrealización y comunicación humanas y unas estructuras jerárquico-burocráticas que incentiven productividad, control, mejores mercados y un bienestar creciente y de mejor calidad; y se exige, por necesidad, tanto la constitución de un orden político regido por la legitimidad e interesado en crear estructuras de participación y en la búsqueda de la igualdad, como un nuevo orden cultural, más volcado en la autoafirmación y realización personales que en los «viejos» principios del crecimiento económico y el progreso social.

El problema no atendido, y menos aún solucionado, será la amenaza permanente de una «hipertrofia burocrática», que por sí misma supondría coerciones a la libertad de los individuos, que sólo una participación ciudadana, una descentralización administrativa y una reducción de estructuras y jerarquías de poder podría reducir, en favor de la coordinación de una mayor libertad con la necesaria «programación, previsión y reafirmación ordenada y progresiva de las perspectivas en juego». «El camino que tenemos por delante —concluirá R. Dahrendorf— requiere una nueva definición, al mismo tiempo que una afirmación, de la ciudadanía, de las oportunidades vitales y la libertad».

En los años ochenta la tendencia continúa, crece y se generaliza, porque el ahorro, que la economía clásica consideraba y creía locomotora del crecimiento, ha sido reemplazado por el crédito. Frente a la vieja virtud del ahorro ha triunfado de forma general y progresiva el aumento obligado de la deuda, la generalización de la hipoteca y la capitalización del futuro.

---

<sup>19</sup> DAHRENDORF, R.: *Oportunidades vitales. Notas para una teoría social* y GALBRAITH, J. K.: *El nuevo Estado industrial*, Barcelona, Ariel, 1967, pp. 91, 119 y 132-134.

La capacidad y, para muchos, la facilidad para la deuda ha desbancado y sustituido con una prisa hasta ahora desconocida a la vieja virtud del ahorro; y en precipitada marcha hacia el 2.000 ni los individuos, ni las empresas ni todas las economías de cualquier tipo y volumen podrán mantenerse sin el galopante aumento de los créditos.

Al final, no viven mejor los que más ahorran; sino los que mejor acceden al préstamo en cualquiera de sus formas, porque, según juicio del propio Bell, se ha impuesto el giro hedonístico de la ética protestante. La gente —entiéndase su referencia a las sociedades occidentales— provoca y experimenta a partir de esta década una *revolución silenciosa* (R. Inglehart), un cambio de valores y de estilos desde lo material a lo postmaterial. Los valores de los occidentales han ido cambiando desde un exagerado acento en el bienestar material y en la seguridad física hacia un énfasis mayor en la calidad de vida.

Una nueva sociedad estaba surgiendo, y los nuevos problemas, al igual que los nuevos conflictos, tienden a encontrar vías igualmente nuevas de respuesta o de solución.

Los nuevos conflictos sociales no son ahora la consecuencia de la vieja lucha entre empresa y sindicato en torno al poder social. La vieja lucha en torno a la producción y la distribución de los bienes se abre ahora a los nuevos terrenos de la vida social, precisamente porque la información, la educación y el consumo influyen mucho más en la producción, junto con las plurales decisiones políticas que condicionan, con sus fallos e interferencias, cualquier perspectiva de futuro. Las nuevas luchas sociales no pueden ya separarse tanto del poder económico como del poder político, precisamente porque en la sociedad postindustrial, que es consiguientemente una sociedad dominada, o dirigida, los tecnócratas, al servicio de ambos poderes, «han programado», conforme a supuestos económicos y políticos, los modos de producción y de organización económica. En un intento de síntesis capaz de definir someramente los contenidos que estos calificativos —postindustrial, tecnocrática o programada— encierran, A. Touraine aludía en 1.969, en el mismo momento en que estas transformaciones comenzaban a experimentarse, a la nuevas realidades que estaban condicionando un crecimiento económico hasta entonces considerado definitivo. A partir de la crisis que se hará plenamente manifiesta en torno a 1.970, el crecimiento, antes dependiente de la acumulación de capital casi de forma exclusiva, depende mucho más del conocimiento, de la investigación científica y técnica, de la formación profesional, y de la capacidad de programar el cambio y de controlar las relaciones entre sus elementos, de dirigir organizaciones y, por tanto, sistemas de relaciones sociales, o de «difundir actitudes favorables a la puesta en movimiento y a la transformación continua de todos los factores de la producción, todos los terrenos de la vida social, la educación, el consumo, la información»:

«El carácter más general de la sociedad programada consiste en que las decisiones y los combates económicos no poseen ya en ella la autonomía y el carácter fundamental

que tenían en su tipo de sociedad anterior [...] El crecimiento económico está determinado por un proceso político más que por unos mecanismos económicos [...] La autonomía del Estado respecto de los centros de decisión económica se hace más débil en todas partes y con frecuencia desaparece [...] Las formas de dominación social resultan por ello profundamente transformadas [...] Nuestra sociedad es una sociedad de alienación; no porque reduzca a la gente a la miseria o imponga coerciones policíacas, sino porque seduce, manipula e integra»<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> TOURAINE, A.: *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel, 1979, pp. 6-11. Tb., del mismo autor: *El postmodernismo*, Barcelona, Planeta, 1982.